

Discurso pronunciado en el Acto de Homenaje al Dr. Raúl Amorín Cal, en Florida (Uruguay) el 28 de marzo de 2001

Sres. familiares y amigos del Dr. Raúl Amorín
Sres. socios de la Sociedad de Cirugía del Uruguay

Sres. y Sras.

Me siento honrado de participar en el homenaje que se le brinda en el día de hoy a nuestro amigo Raúl “Coco” Amorín, y lo podría hacer en nombre de la Facultad de Medicina y de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, ámbitos en los que se brindó por entero, como lo hacía en todas las actividades de la vida.

Sin embargo, creo sentirme más cómodo haciéndolo en nombre de los amigos, con quienes compartió su valioso tiempo, dentro y fuera de la Medicina.

Pudo llegar a los más altos grados académicos, pero optó por traer su alta capacitación a esta ciudad.

En el Ministerio de Salud Pública ejerció la Dirección del Hospital de Florida, y culminó su carrera funcional, como Director de ASSE, designaciones que fueron fundamentadas en su capacidad y honradez, sin haber pertenecido a los partidos gobernantes.

Siempre fue el mismo:

- desde que nos conocimos compartiendo la sala 24 del Hospital Pasteur junto al Dr. Romeu Machado da Luz

- cuando junto al Traca Piñeyro, en su apartamento de la calle Payán, preparamos dos concursos diferentes, el de Cirujano Ayudante de Salud

Pública ellos y el de Asistente de Clínica quirúrgica, yo

- cuando viajaba diariamente a Florida para realizar su actividad quirúrgica, que compartía con Julio Chifflet y Alfredivito González

- cuando me recibía todos los lunes de mañana para participar en su larga coordinación operatoria del Hospital de Florida, donde me enseñó a operar el cáncer de esófago y la equinococosis hidatídica pulmonar

- cuando se quedaba hasta avanzadas horas del día, en la coordinación de la Clínica Quirúrgica “1” que dirigía el Prof. Suiffet, disecando minuciosamente las comunicaciones de la pierna en los pacientes con insuficiencia venosa, que fuera el fundamento de su monografía “Las venas comunicantes en la patología venosa del miembro inferior”, calificada con Sobresaliente

- cuando compartía un asado en la parada 22 de La Mansa, con todos los amigos que lo querían bien

- cuando lo visitábamos en el Ministerio de Salud Pública como Director de ASSE, con problemas de nuestra Clínica.

Supo sobrellevar con enorme entereza, algunos hechos terribles de la vida, y... siguió siendo el mismo Coco que conocimos hace 35 años.

No es por azar, que hoy estén aquí presentes en la ciudad que lo vio luchar, triunfar y sufrir, toda esta legión de amigos, para rendirle este sencillo homenaje, que está en consonancia con la particular sencillez de su vida.

Quiero terminar estas palabras, citando un fragmento del texto “El paso de la espera” de Mamerito Menapace, particularmente adecuado para este recordatorio:

“Cuando un árbol se va del patio familiar, deja en pie en gran hueco de luz...

Para quien no compartió nada con él, allí simplemente no hay nada.

En cambio, para los que se cobijaron a su sombra o compartieron su presencia rica en recuerdos, ese hueco de cielo abierto lo vuelve a hacer presente en cada amanecer.

Es posible que muchas cosas cambien. La vida se renueva en cada etapa. Nunca acampa junto a una tumba. Allí está la semilla que volverá a florecer donde la siembren.

Nadie es reemplazado. El misterio personal es irrepetible. Pero lo que uno supo entregar, eso perdura.

Cuando queremos retener lo que está destinado a terminar, nos impedimos acompañar lo que perdura.

Quien quiera retener la vida en esta etapa, la pierde. Quien la sabe entregar, le permite que la viva para siempre.

No podemos negar que la ausencia duele. El dolor y las lágrimas que acompañan a un ser querido que ha terminado entre nosotros, son simplemente la señal del cariño con que hemos compartido su vida”.

Sin duda, estos hermosos pensamientos reflejan con particular intensidad y ternura, el sentimiento que nos embarga a todos sus amigos.

Gracias Coco... por haberte conocido.

Gonzalo Estapé